



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

mayo/junio 2024

Índice n° 3/2024

2	El ABC del cristiano	<i>E. Acomb / W. Gschwind</i>
6	El cristiano y la familia	<i>M. Billeter</i>
12	La ley y el andar del cristiano	<i>Ph. Maillefaud</i>
18	La posición del cristiano en Cristo	<i>W.T. Turpin</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

El ABC del cristiano

(Viene de la página 7 del n° 2/2024)

Una vida agradable a Dios

Permanecer fieles al Señor con propósito de corazón

¿Por qué no funciona el coche? Nunca hemos tenido problemas con él. El motor está en perfecto estado, la caja de cambios también, el tanque de combustible está lleno. ¡Oh sí, es el encendido que no funciona! La chispa se ha detenido, la que debería, como el latido del corazón, mantener el motor en movimiento.

Así, más de un cristiano podría preguntarse también: ¿Por qué estoy ahora paralizado espiritualmente? ¿Por qué mi alma está tan pobre y seca? ¿Por qué estoy inactivo, y tengo tan poco entusiasmo y fuerza para servir al Señor?

¿Me faltan los conocimientos necesarios? Es cierto que una enseñanza incompleta sobre la salvación perfecta, la posición y las bendiciones que tenemos en Cristo, es un pobre fundamento para el descanso de nuestra conciencia y la paz del corazón. Para poder disfrutar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Romanos 8:21), el cristiano debe conocer la enseñanza de la Palabra sobre la liberación del creyente tanto

del poder de Satanás como del poder del pecado y del «yo», del hombre natural. Mientras no conozca “todo el consejo de Dios” (Hechos 20:27) y siga siendo como un niño fluctuante, será fácilmente un juguete “llevado por doquiera de todo viento de doctrina” (Efesios 4:14). Por eso la Palabra de Dios insiste tanto en que tengamos la sana enseñanza y andemos en toda la verdad (compárese con Proverbios 3:11-18).

Pero no basta con una buena enseñanza. Incluso un cristiano bien fundamentado en la doctrina puede quedar paralizado espiritualmente. “Si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, ... y no tengo amor, nada soy” (1 Corintios 13:2).

¿Qué más falta? Veamos un ejemplo.

En Antioquía, un gran número de griegos creyó en el Señor Jesús (Hechos 11:20-24). Ahora formaban parte de la iglesia local que tan activamente difundía el Evangelio entre las naciones. Estos hermanos y hermanas, todavía jóvenes en la fe, asistían sin duda a las reuniones de los creyentes con gran interés y diligencia. Como resultado, pudieron crecer y avanzar hacia “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Porque el Señor se había encargado de que hubiera “profetas y maestros” (Hechos 13:1)

dotados en Antioquía para conducir a los creyentes a toda la verdad.

Bernabé era uno de estos maestros. La iglesia en Jerusalén lo había enviado a Antioquía precisamente para que se ocupara de esos griegos, de esos niños en la fe. En aquella época todavía era una novedad que los gentiles pudieran participar de las bendiciones del cristianismo al igual que los judíos creyentes.

Cuando Bernabé llegó junto a estos griegos y “vio la gracia de Dios, se regocijó” (Hechos 11:23). Y, para empezar, les dio a todos el buen consejo de que “**con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor**”.

Los mecánicos experimentados detectan rápidamente la causa de una avería en un coche. Saben dónde buscar. Bernabé también era un hermano con amplia experiencia cristiana y sabía lo que era de suma importancia en la vida de un creyente: Este solo progresa cuando **vive y permanece** muy cerca del Señor. Esto es tan importante como crecer en el conocimiento.

Para algunos de nosotros, y quizás especialmente para los más jóvenes, este consejo de Bernabé parece demasiado simplista y obvio. ¿No expresamos cada día en nuestras oraciones este deseo de vivir cerca del Señor? ¿No se renueva a menudo ese anhelo, en diversas formas, en reuniones y estudios bíblicos?

¡Sea franco! Antes de cada estudio bíblico, antes de cada servicio

y de cada actividad que emprenda, ¿tiene en cuenta llevar a cabo el consejo de Bernabé? ¿Lo acompaña la firme decisión de permanecer fieles al Señor a lo largo de las horas del día, sea cual sea su trabajo y la compañía en la que se encuentre? Si es así, se notará. Porque, en la cercanía del Señor, nuestros afectos van dirigidos hacia él. Esta cercanía determina nuestro comportamiento ante el mundo y sus tentaciones, nos da la fuerza para superarlo todo, para realizar un servicio humilde y desinteresado, nos capacita para dar testimonio de Él con toda nuestra vida. ¿Tenemos este sentir en nosotros? El propósito de corazón de un creyente es permanecer fiel al **Señor**, es decir, de estar unido a la fuente del amor, la gracia, la luz, la vida y la fuerza misma de Dios. Allí no se exige nada al creyente, sino que recibe todo lo necesario para llevar una vida piadosa. No se trata de los buenos propósitos del hombre natural que pronto se ve obligado a admitir que no puede alcanzarlos.

En Proverbios 4:23 se nos exhorta: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida”. Dado que el corazón ocupa el lugar central en nuestras vidas, es sumamente importante permanecer fieles al Señor con propósito de **corazón**. Los ojos del Señor “contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Crónicas 16:9). Solo

así, en ese lugar secreto, el «fuego» podrá ser alimentado continuamente desde arriba. Entonces el Espíritu Santo podrá llenarnos, guiarnos, vivificarnos, y «los asuntos de la vida» estarán de acuerdo con “el fruto del Espíritu” (Gálatas 5:22). La vida de Dios se manifestará en nosotros sin obstáculos.

Debemos **permanecer fieles** al Señor con todo nuestro corazón. Quien se ejercite en ello experimentará multitud de tentaciones para apartarlo de ese lugar, el único lugar digno de un cristiano. Esas tentaciones podrán parecer inocentes, incluso útiles, pero usted ya solo querrá quedarse en ese bendito lugar. Tal vez incluso los «buenos» amigos creyentes le digan: «No seas tan extremista; ¡todavía estamos en este mundo y no podemos apartarnos de él de esta manera!» Pero cuanto más fielmente permanezca en ese lugar, más pronto podrá decir como el apóstol: “Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:7-8).

La voluntad de Dios en nuestros corazones

Alguien preguntó una vez a un rey polaco por las razones de su

éxito y la tan alta estima que se le tenía. Contestó que se lo debía a una costumbre: siempre llevaba la foto de su padre con él. La voluntad de su padre, un hombre verdaderamente noble, era tan valioso para él que cada vez que había que tomar una decisión, sacaba la foto y la miraba como si quisiera preguntarle qué debía hacer. Su decisión era firme: «No quiero hacer nada que deshonre a mi padre».

¿No es esta una simple imagen de lo que debemos hacer, los cristianos? Llevemos también la voluntad de Dios en nuestro corazón, y pensemos, en todo lo que hagamos, en buscar esa voluntad y cumplirla para honrar y glorificar a Dios.

E. Acomb

Signos de crecimiento en la gracia

“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

Un hermano muy experimentado dijo una vez: «Es necesario mirar a Cristo diez veces antes de mirarnos a nosotros mismos». Esta es una frase para recordar. Pero no olvidemos reflexionar sobre nuestras vidas de vez en cuando. «Un inventario» espiritual ocasional es un ejercicio necesario. Unas breves indicaciones sobre el crecimiento en la gracia pueden ser de especial ayuda para quienes son jóvenes en la fe.

“Crecer en la gracia” es adquirir un mayor conocimiento y disfrute de esa gracia del Señor que necesitamos a cada paso de nuestro camino. Lleva a progresar en la **santificación práctica**, en conformidad con la voluntad de Dios y en la semejanza práctica con Cristo. Pero también se trata de crecer “en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador”. El propósito de Dios es siempre revelar su propia gloria en la persona de Cristo, para nuestra bendición; él desea que este sea también el propósito de toda nuestra vida a lo largo del tiempo y por la eternidad, y que demos a conocer su gloria.

Tener motivos puros es un indicio real de estar progresando en la santificación. Porque al principio de la vida cristiana, tienden a confundirse. Por ejemplo, queremos hacernos cargo de un grupo de escuela dominical porque:

— nos lo han pedido y respetamos a la persona que lo ha sugerido, no queriendo molestarla con una negativa;

— pensamos que es bueno hacer como otros que enseñan a los niños la Palabra de Dios;

— no sabemos cómo utilizar nuestro tiempo;

— nos sentimos incómodos, nos preocupa no hacer nada.

Algunas de estas motivaciones pueden ir acompañadas de un deseo de glorificar a Dios. Sin embargo,

el cristiano que está creciendo en la gracia, experimentará que aquellas razones que no son espirituales irán desapareciendo, y entonces la verdadera motivación para el servicio será glorificar cada vez más el nombre de Aquel que lo salvó.

Cuanto más avancemos en la santificación, menos nos subyugarán los impulsos y sentimientos naturales, **sino que nos gobernará la Palabra de Dios y sus principios**.

Un **amor más amplio y profundo** por los demás es una de las manifestaciones esenciales de la gracia cristiana. El amor y la dedicación son, en efecto, un objetivo noble, digno de ser perseguido.

El mundo desaparecerá del campo de visión del cristiano a medida que crezca en la gracia; simultáneamente, las cosas del mundo perderán su atractivo para él. Será cada vez más consciente del miserable estado del mundo, y tendrá un interés mayor por las cosas invisibles, espirituales y eternas, que son, en definitiva, las únicas importantes. Puede que ni siquiera se dé cuenta de que está siendo atraído cada vez más por estas cosas espirituales; pero de hecho ocupan sus pensamientos, llenando su corazón y determinando su caminar.

(Continuará)

El cristiano y la familia

(Viene de la página 18 del n° 2/2024)

La casa cristiana — un lugar de piedad y fe

Dios no solo nos muestra principios en su Palabra que conciernen a nuestra vida personal como cristianos, sino que también nos enseña sus pensamientos sobre la vida en común en el matrimonio y la familia. Nuestros hogares deben ser lugares de piedad y fe. Queremos responder a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué es una familia cristiana?
2. ¿Cómo se manifiesta el temor de Dios en la familia?
3. ¿Cómo se manifiesta la fe en la familia?

1. La familia cristiana

Muchas personas piensan hoy que las familias cristianas lo son porque viven en países cristianos. Otros piensan que uno se convierte en una familia cristiana si los padres pertenecen a alguna comunidad religiosa cristiana. Ambos puntos de vista son erróneos y no se basan en la Palabra de Dios.

Podemos ver cómo se forma una familia cristiana y cuáles son sus características, por ejemplo,

en Hechos 16:30-34. Recordemos cinco puntos importantes de la historia del carcelero de Filipos:

1) “**¿Qué debo hacer para ser salvo?**” En toda familia cristiana los padres, y cada uno por separado, conocen un día de su vida en que se conmovieron interiormente y se dieron cuenta de que eran pecadores perdidos y necesitaban la salvación de Dios. Este es el punto de partida de toda familia cristiana.

2) “**Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo**”. Los que han reconocido que están perdidos solo pueden asirse a la salvación si se apoyan completamente por la fe en la persona del Señor Jesús y en la obra que ha consumado. “Cree en el Señor Jesucristo”, este es el fundamento del matrimonio y la familia.

3) “**Tú y tu casa**”. Los padres deben ser plenamente conscientes de que toda la casa, es decir, también los niños, son pecadores por naturaleza. Cualquiera que observe a los niños pequeños se da cuenta rápidamente de que son pecadores al ver las manifestaciones de la voluntad propia y la desobediencia. El Salmo 51 lo confirma: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (v. 5). Los padres cristianos no deben olvidar esto. David continúa diciendo en el versículo 7: “Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve”. Esta debería ser la preocupación diaria

de los padres cristianos en relación con sus hijos. Ningún padre puede salvar a sus hijos, eso debe hacerlo el Señor. Ningún padre puede convertir a sus hijos, deben hacerlo ellos mismos. Pero todos los padres cristianos pueden orar por sus hijos.

4) **“Le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa”**. Toda familia verdaderamente cristiana tiene los oídos abiertos a la Palabra de Dios. Los pensamientos establecidos en la Biblia nos muestran también Su voluntad para el matrimonio y la familia. Nuestros propios pensamientos siempre nos llevan por mal camino, pero seguir la Palabra de Dios trae bendición.

5) **“Se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios”**. Por último, un matrimonio cristiano se caracteriza por la acción de gracias y el gozo. Es un gran privilegio dar gracias a Dios por la salvación recibida en el Señor Jesús. Por supuesto, damos gracias en la familia por todas las bendiciones externas, pero nunca debemos perder la oportunidad de alabar a Dios por su maravillosa salvación. Las oraciones en las comidas en común son una ocasión adecuada para ello.

2. El temor de Dios en la familia

Recordemos primero lo que no es el temor de Dios. El temor de Dios no significa tener miedo de un juicio futuro. El Señor Jesús mismo

dijo que nadie que crea en él será juzgado. Juan escribe: “En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo” (1 Juan 4:17-18). Dios obra en nuestros corazones para que no temamos el juicio.

Lo que es el temor de Dios lo encontramos expresado muy claramente en Isaías 66:2. Allí leemos: “Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”. Dicho de otra manera, la piedad existe, cuando aplicamos la Palabra de Dios con toda su autoridad a nuestros corazones y conciencias.

Utilizando dos pasajes del evangelio de Lucas, vemos qué es la piedad en la familia y cómo se desarrolla.

a) *Lucas 6:47-48*

El Señor Jesús habla aquí de un hombre que edificó su casa sobre la roca, mostrándonos tres principios importantes.

1) **“Todo aquel que viene a mí”**. Ya vimos que esto se aplica al pecador que se vuelve al Salvador con fe. Pero concierne a todos nosotros, todos los días. Necesitamos volvernos al Señor Jesús una y otra vez, también en el matrimonio y la

familia. Esto lo hacemos en la oración.

La auténtica oración surge de la profunda conciencia de que somos interiormente incapaces de hacer lo que Dios quiere que hagamos. En la oración expresamos así nuestra incapacidad.

No podemos hacer su voluntad por nosotros mismos. Para ello, necesitamos su ayuda. Por lo tanto, la oración también muestra nuestra dependencia de él.

La oración personal es extremadamente importante. Nadie puede vivir de la fe del otro. El marido no vive de la fe de su mujer y viceversa. Los hijos tampoco pueden vivir de la fe de sus padres. Cada miembro de la familia necesita una vida de oración personal. Además, la oración en familia también es importante y está relacionada con bendiciones.

Nuestros hijos precisan aprender a llevar una vida de oración personal. Para ello necesitan la guía del padre y la madre, y especialmente del papá. Los niños aprenden mejor cuando tienen un ejemplo en ellos.

2) “... y oye mis palabras”. No solo hablamos con Dios en la oración, también escuchamos lo que tiene que decirnos a través de su Palabra. En las familias temerosas de Dios, la Palabra se lee juntos todos los días. Esto, si ha de ser una bendición, solo puede hacerse en dependencia y con reflexión.

Es importante que cada padre aprenda a leer de tal manera que el niño pueda comprender. La Palabra de Dios es rica para todos, incluso para los más pequeños. Pero, ¿somos los padres también capaces de preparar el alimento para los niños a partir de lo que se lee? Solo así se beneficiarán de la Palabra leída. Si compartimos textos difíciles sin explicarlos, los niños no recibirán nada y se morirán de hambre por dentro.

Por lo tanto, debemos pensar con mucho cuidado lo que leemos y **cómo** lo hacemos. Los niños necesitan orientación para comprender la Palabra de Dios. Sin embargo, debemos tener cuidado de no sobrealimentar a nuestros hijos. Esto también entraña un peligro.

El desarrollo natural de los niños puede servirnos de ejemplo. Los niños comen cada día según la medida de sus necesidades: ni mucho ni poco. Así debe ser también en lo espiritual.

3) “... y las hace”. En una familia cristiana, la Palabra de Dios no solo se escucha, sino que también se obedece. Hacer la Palabra de Dios significa vivirla, practicarla. No basta con que seamos capaces de citar ciertos versículos en determinadas ocasiones. Tampoco basta con colgar hermosos versículos bíblicos en las paredes. Todo esto está bien en su lugar, pero la cuestión crucial es: ¿Seguimos, es decir, hacemos la Palabra de Dios? ¿Vivimos según sus pensamientos?

Es responsabilidad del padre y de la madre guiar a los hijos para que sigan los pensamientos de Dios en sus vidas.

¿De qué manera enseñamos a nuestros hijos? ¿Lo hacemos mediante órdenes e instrucciones? Cuando Dios dio la ley al pueblo de Israel y dijo: «Debes», pronto se hizo evidente que el pueblo nunca fue capaz de cumplir los requisitos de Dios. Después de la obra consumada de su Hijo, Dios ya no se expresa de esa manera. Nosotros tampoco debemos hablarnos así. Los que dicen: «Debes» corren el peligro de señalar con el dedo a los demás y exigirles algo. En Isaías 58:9, el dedo amenazador se llama “yugo”.

No, la forma de enseñar a nuestros hijos a obedecer la Palabra debe ser diferente. En la epístola a los Hebreos encontramos repetidamente la invitación a «hacer las cosas juntos»: “acerquémonos”, “considerémonos unos a otros”, “salgamos”, “ofrezcamos”, etc. Esa es la forma correcta. Podemos llamarnos unos a otros a hacer la voluntad de Dios por su gracia. Esto trae la verdadera felicidad.

«Hacer las cosas juntos» incluye a padres e hijos. Entonces no le pedimos nada a nuestros hijos que no estemos dispuestos a hacer nosotros mismos. Los niños son observadores precisos. Si les damos un mal ejemplo, no tenemos por qué sorprendernos de que lo sigan.

Una casa en la que se observan estos tres puntos es una casa que se sostiene sobre la roca. Entonces tenemos un fundamento bajo nuestros pies. Un cimiento así significa seguridad frente a las tormentas y las pruebas que se presentan en todas las familias. Incluso en las nuestras, las cosas no siempre salen como esperamos. Quien confía así en el Señor y en su Palabra, sobrevive indemne a tales tormentas.

La roca es la Palabra de Dios y al mismo tiempo el Cristo. La Palabra de Dios está firmemente unida a la persona del Señor Jesús. Por lo tanto, solo disfrutamos realmente de la lectura de la Palabra cuando buscamos a nuestro Señor en ella.

b) Lucas 1:5-6

En unos pocos versículos, se nos presenta a una pareja en la que se hacen visibles las maravillosas consecuencias de la piedad. Zacarías y Elisabet tenían cuatro características que también hablan a nuestros corazones.

1) Eran **justos delante de Dios**. No se trata de nuestra posición fundamental ante Dios, sino de la rectitud práctica en la vida. La rectitud y la obediencia están muy cerca la una de la otra, pero se distinguen. La obediencia es sumisión a la Palabra de Dios. La rectitud es la conformidad con los pensamientos y la voluntad de Dios. La obediencia genuina siempre conduce a la rectitud práctica.

Nuestra conducta como familia debe ser justa delante de Dios. Por supuesto, debemos ser cuidadosos y considerados con los demás, pero ante todo recordemos siempre que nuestras acciones están abiertas a los ojos de Dios (Hebreos 4:13).

2) **Andaban** en los mandamientos del Señor. Esto es lo que ya hemos visto. No es tanto lo que hablamos, sino que es mucho más crucial lo que hacemos. En Romanos 12:2 se nos pide que comprobemos cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. Esto significa un ejercicio constante para nosotros. Necesitamos mucha dependencia para vivir así.

3) **Andaban en todos** los mandamientos del Señor. Es muy posible que hagamos elecciones en nuestro corazón según nuestras inclinaciones. Elegimos lo que nos gusta y simplemente pasamos por alto lo otro. No debería ser así. Se trata de hacer toda la voluntad de Dios. A Timoteo se le dijo: “Retén la forma de las sanas palabras” (2 Timoteo 1:13). Se trata de la forma completa. No menos, pero tampoco más. Para algunos, existe el peligro de añadir más mandamientos a la Palabra de Dios y, por ejemplo, exigir a los niños algo que va más allá de la Palabra.

4) **Andaban irreprochables** en los mandamientos del Señor. Uno puede permanecer en los mandamientos del Señor, pero no hacerlo de forma

irreprochable. Este es el caso cuando nos envanecemos de nuestro andar y menospreciamos a los demás. Hacer la Palabra de Dios siendo irreprochables es guardarla humildemente.

3. La fe en la familia

Todo verdadero cristiano conoce un día en el que se ha vuelto a Dios con fe. Por ella se ha apoderado de la salvación que Dios ofrece.

Pero la fe no se limita a esto, sino que impregna toda nuestra vida, incluida la vida familiar. El pecador perdido que se acerca a Dios empieza por creer en Él, es decir, en su existencia y en la obra del Señor Jesús en la cruz. El cristiano no solo cree en Dios, sino que también le cree a Dios. Creer a Dios significa **confianza y relación de fe**.

Necesitamos ambas cosas en nuestra vida de familia para discernir la voluntad de Dios. Hebreos 11:1 nos muestra la **confianza de la fe**. Con confianza infantil aceptamos lo que Dios nos dice en su Palabra. La vida nos plantea muchas preguntas. ¿Dónde encontramos la respuesta? En la Palabra de Dios. Es crucial que creamos lo que Dios nos dice. El tercer versículo de Hebreos 11 nos proporciona un ejemplo: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios”. Cuando los niños se enfrentan a la teoría de la evolución en la escuela, ¿podemos ayudarles? Por supuesto,

porque tenemos la infalible Palabra de Dios en nuestras manos.

Algunas preguntas encuentran una respuesta directa en la Biblia. Muchas otras no hallan una contestación definida. ¿Cuántos hijos quiere darnos el Señor? ¿Qué profesión deben ejercer los hijos? ¿Debemos cambiar el lugar de residencia? ¿Qué cónyuges ha destinado Dios para nuestros hijos? Todas estas son preguntas para las que la Palabra de Dios no nos da una respuesta directa. Sin embargo, no estamos sin ayuda. Podemos tener una **relación de fe** con Dios y recibir así respuestas a todas las preguntas.

Felices los niños cuyos padres tienen esa relación de fe. En 2 Timoteo 1:5 leemos de dos mujeres (“tu abuela Loída” y “tu madre Eunice”) en las que habitaba la fe y tenían una relación con ella, de la cual se benefició el joven Timoteo.

Una relación de fe con Dios significa un contacto íntimo con él. Buscamos su rostro para obtener respuestas a nuestras preguntas. Esto a veces lleva tiempo y requiere paciencia, pero hace que el corazón se calme y aquiete.

El cristiano no echa suertes sobre la voluntad de Dios. El creyente actúa con discernimiento y en comunión con su Señor. Sin embargo, no siempre es fácil discernir claramente la voluntad de Dios. Encontramos ayuda en el incidente de Juan 13:21-25. Aunque se trata de un

suceso muy triste que afectó profundamente al Señor, podemos aplicarlo a nuestro tema y beneficiarnos de él. Seis puntos sobresalen para nosotros:

1) “**Uno de vosotros me va a entregar**”. El Señor no dijo inmediatamente a sus discípulos quién le entregaría. Así también él no siempre nos dice rápidamente cuál es su voluntad en un asunto particular. Quiere acercarnos más a él mediante el ejercicio de la fe.

2) “**Entonces los discípulos se miraban unos a otros**”. Es importante que hablemos entre nosotros en las familias e intercambiamos nuestros pensamientos. Tal vez en la conversación no podamos conocer directamente la voluntad de Dios, pero aun así puede ayudarnos.

3) “**Dudando de quién hablaba**”. Los discípulos preguntaron al Señor Jesús (Mateo 26:22; Marcos 14:19). Si queremos una respuesta a nuestras preguntas, debemos preguntar al Señor Jesús. Solo él puede dar una respuesta a nuestras dudas.

4) “**Uno... estaba recostado al lado de Jesús**”. Juan estaba en el lugar adecuado para pedir. Nosotros también debemos estar en el lugar indicado, es decir, en contacto y comunión con el Señor, para conocer su voluntad. Aquellos que viven alejados de él encontrarán difícil discernir sus pensamientos.

5) “**Recostado cerca del pecho de Jesús**”. Juan estaba muy cerca del

Señor y disfrutaba de su amor. Este es el lugar que deberíamos ocupar también nosotros como familia cuando tenemos una cuestión particular en mente. Cerca de su pecho disfrutamos de su amor y pensamos en él. Cuántas veces hablamos de nuestro amor por él, pero deberíamos descansar más en este amor y aquietarnos en él. Así apaciguados, podemos discernir mejor su voluntad.

6) “Señor, ¿quién es?” Juan le llama “Señor”. Quien le conoce conscientemente y le llama así, también se somete a él. Debemos aceptarle prácticamente como Señor de nuestras vidas para reconocer su voluntad.

No existe un remedio fijo para conocer la voluntad de Dios. Pero si permanecemos muy cerca de él, experimentamos nuestra relación con él y disfrutamos de su amor, entonces también recibiremos luz para nuestro camino.

La oscuridad moral en este mundo va en aumento. Es como los días del pueblo de Israel en Egipto. “Hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, por tres días. Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones” (Éxodo 10:22-23). En medio de toda la oscuridad de este mundo, tenemos la fiable Palabra de Dios que trae luz brillante a nuestro camino y a nuestros hogares. Dios nos muestra

sus principios y exigencias. Estas son elevadas, tanto que no podemos cumplirlas con nuestras propias fuerzas. Sin embargo, Dios no quiere que nos desanimemos, sino que nos da fuerzas para estar a la altura de sus pensamientos también en el matrimonio y la familia.

Solo hay **una** persona que siempre ha cumplido todos los requisitos de Dios. Es nuestro Señor, que está ante nosotros como ejemplo. ¡Sigámosle también en nuestras familias! Entonces Dios puede bendecirnos y lo hará.

(Continuará)

La ley y el andar del cristiano

El don de la ley

La ley fue “ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador” según Gálatas 3:19. También lo dice Esteban en su discurso ante el Sanedrín: “Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos” (Hechos 7:38).

Moisés fue ese mediador: fue él quien recibió de Dios las tablas

de la ley y las instrucciones para la construcción del tabernáculo, como lo encontramos en el libro del Éxodo. También recibió las ordenanzas levíticas con respecto a los sacrificios y el sacerdocio (véase Levítico 1:1).

Por lo tanto, es un hombre, Moisés, a quien Dios usó como mediador para constituir la ley. Ella no podía ser la plena revelación de lo que Dios es en sí mismo. Es la expresión de lo que Dios tiene derecho a exigir del hombre y de lo que su santidad y justicia demandan en presencia del pecado. Solo una persona divina podía revelar lo que Dios es. Esa persona es el Señor Jesús, el Hijo de Dios. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

La ley y su finalidad

Los siguientes pasajes establecen el propósito por el cual la ley fue dada por Dios:

Gálatas 3:19: “¿Para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones”, es decir, con la intención de resaltar el mal a través de las transgresiones. La ley manifiesta el pecado como una desobediencia formal a la voluntad de Dios.

Romanos 7:13: “El pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que

es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso”. La ley pone de manifiesto este carácter de oposición a Dios del hombre caído en el pecado.

1 Timoteo 1:9-10: “conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina”. La ley fue dada para los pecadores. Los condena destacando el mal cometido, es decir, todo lo que es contrario a las ordenanzas dadas por Dios para la vida individual y social del hombre, dondequiera que esté.

Pero el hombre no puede ser justificado por el principio de la ley, es decir, por el cumplimiento de la ley. La Palabra lo deja bien claro: “sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16). El hombre en la carne es incapaz de cumplir la ley “por cuanto los designios de la carne son

enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7).

La ley y sus atributos

Romanos 7:12: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”. La ley es santa; al que se dedica a comprenderla se le enseña a apartarse del mal.

1 Timoteo 1:8: “Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente”. Es buena; por lo tanto, lleva el carácter de Aquel que es bueno. Coloca al hombre en su responsabilidad ante Dios y manifiesta su estado de irremediable perdición.

El mandamiento es santo y justo: es conforme a la naturaleza de Dios, corresponde a lo que Dios instituyó para el hombre en la creación, antes de que esta última fuera sujeta a vanidad por la caída del hombre (Romanos 8:20).

El mandamiento es bueno: solo Dios es bueno, su bondad es para siempre. Jesús le dijo al que se dirigía a él como “maestro bueno”: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo uno, Dios” (Marcos 10:18; Lucas 18:19). Todo lo que Dios ordena, todo lo que Dios hace es para el bien de su criatura.

Romanos 7:14: “Porque sabemos que la ley es espiritual; más yo soy carnal, vendido al pecado”. La ley es espiritual: se opone al carácter del hombre en la carne. La ley solo puede

ser comprendida en toda su extensión por el hombre espiritual, nacido de nuevo, nacido del agua y del Espíritu. Estos atributos de la ley son descritos en el Nuevo Testamento, y más precisamente en las epístolas que exponen las verdades del cristianismo. Por tanto, no rechazamos las enseñanzas de la ley, pero estamos llamados a comprender su significado espiritual, a discernir en ellas las características de un andar digno de Dios.

La ley y la posición cristiana

La ley no tiene autoridad sobre el creyente, sino sobre el incrédulo: “¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive?” (Romanos 7:1). La ley tiene autoridad sobre el hombre en la carne. El creyente murió y resucitó con Cristo. Ya no está en la carne, sino en el Espíritu (Romanos 8:9). Así, la ley ya no tiene autoridad sobre él. La ley ya no se dirige a la persona renovada como una obligación. El creyente puede decir: “Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:19-20).

El creyente ha sido liberado: “Cristo nos hizo libres, y no estéis

otra vez sujetos al yugo de esclavitud” (Gálatas 5:1). Es la libertad de vivir para la gloria de Dios, siendo liberados de la esclavitud del pecado. “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6).

El legalismo

El legalismo es para la carne y quiere satisfacerla. Se caracteriza por dos palabras: coacción y dominación.

El legalismo coacciona al creyente sometiéndolo a servidumbre, y le hace perder todo el beneficio de la obra de la cruz y de lo que implica para él la muerte de Cristo. Así, al comienzo de la historia de la Iglesia, “algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1). Fue la introducción del judaísmo en la Iglesia y el retorno a la ley como regla de vida. Esto se expresa en la epístola a los Gálatas: “y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley” (5:3). Los que enseñaban esto añadían algo a la pura gracia de Dios, haciendo perder todo el beneficio de la obra de Cristo. “He aquí, yo Pablo os digo que, si os circuncidáis, de nada os aprovechará

Cristo... De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (5:2 y 4).

Hoy en día, el legalismo no pide a los creyentes que se circuncidan, sino que adopta otras formas: somete al hombre y juzga según las apariencias. El legalismo se presenta y pretende agradar a Dios obligando al hombre a obrar de tal o cual manera. De hecho, los que enseñan así se dirigen al hombre en la carne. Ahora bien, la carne está dominada por el pecado; es el principio por el cual actúa. La carne, incluso religiosa, de ninguna manera puede agradar a Dios. Poner al creyente bajo obligaciones es dejar de lado el hecho de que “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:3-4).

Aquellos que profesan una enseñanza legalista buscan gobernar sobre las almas y quedar bien: “Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo. Porque ni aun los mismos que se circuncidan guardan la ley; pero quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne” (Gálatas 6:12-13).

El temor de Dios, el temor del Señor

Sin embargo, aunque el creyente no está obligado, sí que está llamado a caminar en el temor del Señor, el temor de Dios. Este temor lo coloca ante Dios en todo lo que hace. Él camina delante del Señor. Esto es lo que Dios le había enseñado al patriarca Abram cuando: “le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (Génesis 17:1). El alma no actúa entonces para ser vista por los hombres sino en el conocimiento de que el Señor tiene sus ojos puestos en ella. Ella busca agradarle.

El temor del Señor siempre conduce a la separación del mal. “El temor de Jehová es aborrecer el mal” (Proverbios 8:13). Y: “con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal” (Proverbios 16:6). Es de sabios hacerlo, como encontramos en el libro de Job: “He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, Y el apartarse del mal, la inteligencia” (28:28).

El que teme al Señor se comporta consciente de la relación en la que está puesto ante Dios: “Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación” (1 Pedro 1:17). Rechaza todo tipo de vinculación dudosa, se separa de todo yugo desigual como enseña 2 Corintios 6:14-18, y se limpia de

toda contaminación para caminar en santidad: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1). Así, el temeroso de Dios presta atención a la exhortación de Efesios 5:15: “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios”.

El temor de Dios no debe confundirse con el legalismo. No se puede acusar de legalismo a quien, por conciencia ante Dios, se abstiene de ciertas cosas o actúa de determinada manera. Puede ser débil en la fe, pero actúa tomando en consideración al Señor (Romanos 14:1, 6-8). Cada uno dará cuenta de sí mismo por su conducta (Romanos 14:10; 2 Corintios 5:10).

Por otro lado, “estad firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres” (Gálatas 5:1, véase también el v. 13). Así llevaremos las cargas los unos de los otros, cumpliendo la ley de Cristo (Gálatas 6:2). Esta libertad nos conduce a un ejercicio en nuestros corazones para buscar cuál es, en todas las cosas, la conducta aprobada por el Señor, para su gloria y el bien de aquellos con quienes convivimos.

Tenemos un ejemplo de esto en la conducta del apóstol Pablo. En Jerusalén, Tito, un griego, no fue obligado a ser circuncidado. Falsos hermanos se habían introducido

furtivamente para espiar la libertad que Pablo y sus compañeros tenían en Cristo Jesús, para reducirlos a servidumbre. Ellos no cedieron en su misión ni por un momento para defender la verdad del evangelio (Gálatas 2:3-5). En Listra, ciudad de naciones, Timoteo, de padre griego, fue circuncidado a causa de los judíos que allí estaban (Hechos 16:1-3). Son dos actitudes que parecen opuestas. Pero no hay liviandad ni inconstancia, sino la búsqueda de lo que es justo a los ojos del Señor y por el bien de aquellos entre los que Pablo se encontraba. Cuidémonos, pues, de juzgar precipitadamente la conducta de nuestros hermanos, tachándola de legalismo o tratando de ligero o abierto a aquello que no lo es. El juez de todo es el Señor, el único que conoce los secretos del corazón (1 Corintios 4:3-5; véase también Romanos 2:16).

¿Hará el creyente lo que le agrada?

Si, por un lado, el creyente no está bajo la ley, como hemos visto, el temor del Señor lo lleva a andar “como es digno del Señor, agradándole en todo” (Colosenses 1:10).

En tal andar no hará lo que agrada a la carne. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). No actuará según su propia voluntad, porque esto es practicar el pecado. “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo

la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera”. Así se expresa la Palabra en Romanos 6:15, añadiendo: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (v. 16). Así, andar según la propia voluntad y hacer lo que agrada al hombre natural vuelve a poner al creyente bajo el yugo de la servidumbre, bajo la esclavitud del pecado. “Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado” (Romanos 6:17-18). Y somos “hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna” (Romanos 6:22).

El creyente que se ha beneficiado de la liberación en la que le ha situado la cruz de Cristo, buscará cuál es la voluntad del Señor, como se nos advierte en Efesios 5:17: “Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” para hacer la voluntad de Dios de corazón (Efesios 6:6).

Así el creyente sabe que está libre de pecado (Romanos 6:22). Está llamado a permanecer muerto al pecado, pero vivo para Dios en Cristo Jesús (Romanos 6:11). Despojado de toda esclavitud, es puesto en libertad (Gálatas 5:1), no para usar la libertad como ocasión

para la carne (Gálatas 5:13), sino para esforzarse diligentemente en agradar al Señor (2 Corintios 5:1-9).

Ph. Maillefaud

La posición del cristiano en Cristo

“Dios... juntamente con Cristo... nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efesios 2:4-6).

“Dios... nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”. Estas maravillosas palabras indican la posición real actual de cada persona que ha creído en el Señor Jesucristo como su Salvador. Decimos la posición efectiva para apartar el pensamiento de que es una cuestión de experiencia o algo por lograr. No es eso, es un hecho que es tan cierto para el más joven creyente como para el mayor. En cuanto a la realización práctica de esta inmensa verdad, los días y los años pueden marcar una gran diferencia; pero en cuanto al hecho mismo de ella, el tiempo o la experiencia no la alteran.

Hay algo maravilloso en la forma en que el Espíritu Santo presenta

dicha verdad en este capítulo. Primero da la historia del judío o del no judío: todos estaban muertos en sus delitos y pecados (véase Efesios 2:1). ¡Qué imagen más sombría! “Pero Dios...” (v. 4); ¡Qué palabra este “pero”! Consideremos cómo entra Dios en esta escena oscura: según las “riquezas de su gracia” (v. 7), según su gran amor, según las riquezas de su misericordia (v. 4). Él nos amó, “aun estando nosotros muertos en pecados” (v. 5), y “nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (v. 6).

¡Qué extraordinaria gracia! Y para cada alma, ahí es donde comienza Dios. Los “lugares celestiales” no son la meta del cristiano, sino el punto de partida; no es la posición que espera alcanzar, sino el lugar en el que ahora está. El gran objetivo de Satanás es alejarlo del conocimiento de su posición ante Dios. El deseo del enemigo es, efectivamente, reducir al creyente al nivel de un hombre puramente terrenal, rodeado de las dificultades del mundo en el que vive; sin embargo, no necesita preocuparse por ello. Es un hombre celestial, aunque todavía esté en la tierra. Así como el sello deja su huella en la cera, esta grande y preciosa realidad debe marcar cada una de sus acciones, cada uno de sus caminos y de sus pensamientos.

W.T. Turpin

Lávame, y seré más blanco que la nieve.

Salmo 51:7

Mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones.

Éxodo 10:23

Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.

Filipenses 3:8

Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él... a fin de que no sirvamos más al pecado.

Romanos 6:6

Dios... juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.

Efesios 2:4, 6

Novedad

- **El volumen encuadernado** en rústica de los años 2022-2023 de la revista Creced está disponible. Véase el precio en página siguiente.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **20 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2022-23. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
